

hace, por el solo hecho de ser llevado ó prohibido, la señal distintiva del vencedor y del vencido; finalmente, cuando se advierte que, en los subsiguientes períodos, las distinciones de traje que vienen á añadirse á las primeras, son puestas en uso por los miembros de las sociedades conquistadoras, que visten de otro modo que las superiores é inferiores de las sociedades conquistadas; se tiene la prueba de que desde el principio todas estas aparentes señales de superioridad ó de inferioridad son efectos de la guerra. Visto ya como la guerra produjo incidentalmente el uso de las insignias y de los trajes, comprendemos como de ello ha resultado el reconocimiento explícito de la relación que los unía con el triunfo en la guerra y cómo por esta razón se hicieron señales honoríficas. Las sociedades militares de la antigua América nos ofrecen ejemplos de esta relación directa. En Méjico, no podía el rey llevar completo su traje sin haber antes hecho un prisionero de guerra (1). En el Perú «los vasallos que más habían contribuido á subyugar á los demás indios... tenían derecho á llevar las mismas insignias que el Inca (2).» Lo que nos manifiesta cómo el traje, señal de superioridad militar primitivamente, hízose más tarde signo de superioridad política ó del poder político que era consecuencia de ella, es que en Roma, antiguamente «los generales victoriosos llenaban en la ceremonia de su entrada triunfal, la *toga picta* y la *toga palmata*, así llamada la última por llevar bordadas ramas de palma: en la época imperial, los cónsules en el ejercicio de su cargo, los pretores en la *pompa circensis*, y los tribunos del pueblo en las Augustales llevaban el mismo traje (2).»

En apoyo de estas pruebas directas pueden aducirse las indirectas que resultan de la comparación de sociedades de tipos diferentes y de distintas épocas de la historia de la misma sociedad. En China y Japon cuya organización política desarrollada por la guerra en la antigüedad, adquirió una rigidez que le ha permitido vivir en la inmovilidad hasta los tiempos modernos, vemos subsistir indefinidamente las mismas insignias y los mismos trajes de clase. Entre las naciones europeas, las que han conservado el tipo militar, son también aquellas en las cuales se vé dominar el uso de las condecoraciones y de los trajes particulares mucho más que los que han pasado relativamente al tipo industrial. En Rusia «consideráanse como otras tantas anomalías, un traje que no indicara la clase del hombre que lo lleva, y un hombre que lo lleva, y un hom-

(1) Torquemada, *Monarquía Indiana*, lib. XIV, cap. 4.

(2) Garcilaso de la Vega, lib. I, cap. 213.

(3) Guhl et Koner, 480.

bre, que no ostentara más valor que el de su mérito personal. «En una comida á que asistió el Dr. Moritz Wagner» vió el vientre de treinta y cinco convidados pertenecientes á la marina, relucir con más de doscientas estrellas ó cruces. Muchos uniformes de generales llevaban más órdenes que botones.» Este hecho que sorprende á un alemán en Rusia, sorprende igualmente á un inglés en Alemania. «No creo, observa el capitán Spencer, que haya en Europa ningún hombre tan ávido de títulos y condecoraciones como los alemanes, y más particularmente los austriacos (1).» Basta recordar la diferencia de espectáculo que ofrecen las calles en el continente y en Inglaterra á causa de la escasez con que en esta se ven los uniformes oficiales, militares y civiles, para suscitar en el espíritu una nueva diferencia de análoga naturaleza. En efecto, en Inglaterra, entre las personas que no pertenecen al mundo oficial, quedan muy pocos vestigios de distinciones de clase en el traje, los cuales, por el contrario, existían en todas partes muy marcadas durante el pasado que pertenecía aun más al período militar. La blusa del obrero francés le caracteriza mucho más de lo que puede hacerlo el traje relativamente más variado del obrero inglés; en fin, la criada francesa es mucho más fácil de reconocer por su cofia y su vestido, que la criada inglesa... Al mismo tiempo que estas distinciones visibles sufrían un desvanecimiento más considerable en Inglaterra que en otras partes, hay otras que se han borrado más. Los trajes oficiales que antiguamente se llevaban siempre, han caído poco á poco en desuso en los pueblos cuyo militarismo se ha debilitado, y casi no se llevan ya sino en el acto de realizar el servicio oficial. En Inglaterra, este cambio, más marcado que en otras partes, se ha generalizado hasta el punto de que los oficiales del ejército y de la armada no llevan el *mufti* sino en los actos de servicio.

Sin embargo, las pruebas más sorprendentes son las que sacamos de las diferencias generales que separan en una sociedad á las clases gobernantes de las gobernadas. Vemos que los individuos que pertenecen á la organización reguladora creada por el régimen militar, se distinguen de los que forman la organización subalterna, que es de origen industrial, en que signos visibles de las categorías están en boga entre los primeros. La parte propiamente militar de esta organización reguladora, se distingue más aun que el resto de ella, por uniformes é insignias aparatosos, múltiples y definidos, propios de sus numerosas divisiones y de las categorías numerosas que componen estas mismas di-

(1) Cap. Spencer, *Germany and the Germans*, II, 176.  
Tomo III

visiones. Todos estos hechos son pruebas evidentes de que el régimen militar engendró todas estas muestras de inferioridad y de superioridad.

## OTRAS SEÑALES DE CLASE

Los precedentes capítulos nos han permitido ver de qué manera de las primitivas costumbres ceremoniales salen otras que con el tiempo pierden los más visibles signos de su origen. Fáltanos indicar los grupos de usanzas indirectamente derivadas que se separan más todavía de las costumbres primitivas.

En el combate importa poner de nuestra parte la fuerza de gravedad, y de aquí la ansiedad para tomar una posición que domine al enemigo. Por el contrario, el combatiente derribado no podría resistir sin tener que luchar al propio tiempo contra su propio peso y contra la fuerza de su adversario. También la idea de estar debajo se halla tan generalmente asociada á la de la derrota, que esta relación (expresada con las palabras superior é inferior) se ha hecho un elemento dominante del sistema de las ceremonias. La idea de una elevación relativa, como distinguiendo la posición de los jefes de la de los subalternos, se halla en todas las partes del lenguaje; decimos las clases superiores é inferiores, y llamamos subalternos ó subordinados á los oficiales de una categoría menos elevada. Esta idea penetra en las costumbres sociales por todas partes. En Oriente, cuyo ceremonial es tan desarrollado, la tendencia que lleva á atribuir á la honorabilidad un puesto elevado, tendencia que entre nosotros se revelaba antiguamente en la costumbre de reservar á las personas de nota un lugar en el estrado, y de dejar el resto de la sala á las personas del pueblo, dió origen á varias y severas reglamentaciones. En Lombok, dice Wallace:—

«El sitio más elevado, es el sitio de honor y la señal de la categoría. En esto son las reglas tan inflexibles, que habiendo el rajah de Lambock mandado á buscar un coche inglés, hallóse en la imposibilidad de usarlo por ser el del cochero el sitio más alto de todos. Necesario fué guardar este carruaje en la cochera, como muestra (1).»

Igualmente en Birmania, según Yule, «el signo de una degradación pro-

(1) A. R. Wallace. *The Malay Archipelago*. London, 1869, I, 344.

funda es el haber dormido en el piso bajo... Por esta razón también, según se cree, los reyes de Asia nunca hicieron gran caso de los carruajes que se les mandaron en calidad de regalos (1).» De igual modo en Siam, según cuenta Bowring:—

«Ningún hombre de clase inferior osa levantar la cabeza al nivel de la de su superior; nadie pasa un puente cuando hay motivo para creer que en aquel instante pasa por debajo alguien de una clase superior (2).»

Y que la idea de que la elevación relativa es signo esencial de una clase superior, es, como vamos á ver, el principio de diferentes clases de reglamentos suntuarios.

Otras distinciones de clase, derivadas, son consecuencia de diferencias en la riqueza, consecuencias á su vez de diferencias en el poder. Desde el punto en que el dueño y el esclavo son efectivamente vencedor el uno y prisionero el otro, siempre el estado de dueño fué acompañado de la abundancia de recursos, y tuvo el esclavo la pobreza como distintivo. Además, en todas partes donde predomina el tipo militar de organización social, riqueza significa victoria y supremacía política adquirida por esta victoria. Verdad es que algunas sociedades primitivas se exceptúan de esta regla. Entre los Dacotahs, «los jefes civiles y militares se distinguen del resto de la tribu por su pobreza. Generalmente van peor vestidos que los demás (3).» Lo mismo sucede con los Abipones, cuyas costumbres nos suministran la explicación de esta excepción. «Un cacique notable por sus vestidos viejos y raídos, considera de su deber el conservarlos, porque si los llevara «nuevos y buenos... el primero que hallaría le gritaría atrevidamente: ¡dámelos!... y si no se apresurara á hacerlo, se convertiría en objeto de risa y menosprecio y se oiría llamar avaro y ladrón (4).» Pero aparte de estas raras excepciones, los signos de riqueza se consideran como muestras honoríficas hasta entre los pueblos primitivos. Entre los Mishmis,—

«El cráneo de un animal que ha figurado en la mesa, queda colgado en la sala del huésped como recuerdo;... y al morir el huésped, toda la colección

(1) Col H. Yule. *Narrative of Mission to Asia*. London, 1858, 163.

(2) Sir John Bowring. *The Kingdom and People of Siam*. 125.

(3) Schoolcraft. *Information respecting the History of the Indian Tribes of the United States*. IV, 69.

(4) Dobrizhoffer. *Account of the Abipones*. II, 106.